

Reportaje

Suicidio... (acción de) víctima o victimario Psic. Victoria Molina

El tema del suicidio, además de ser un tema amplio y complejo, puede ser interpretado y revisado desde distintos enfoques o áreas de estudio. En esta ocasión, sólo se trata de hacer una sencilla aproximación psicológica, con la finalidad de ofrecer información general de este asunto, del que tanto se habla como se oculta.

La palabra 'suicidio', según el diccionario de la Real Academia Española, es una «voz formada a semejanza de 'homicidio', del latín sui, 'de sí mismo', y caedēre, 'matar'». Habría que preguntarse por qué la semejanza con 'homicidio' y no con 'asesinar', ya que el suicidio, en términos generales, es un acto premeditado, característica diferencial entre ambas acepciones. La pregunta se quedará abierta.

Desde la propia definición, nos vamos dando cuenta de que hablar de suicidio es hablar de situaciones incómodas: homicidio, asesinato, víctima, culpable... en el fondo, de muerte... y, tanto el suicidio como la muerte natural, nos recuerdan algo de lo que no queremos saber nada: la propia muerte. El ser humano puede ver la muerte como algo natural e ineludible, pero por otro lado adopta una posición de negación; actitud ambivalente que nos perturba, aun más, cuando se trata de la muerte en circunstancias que nos parecen «extrañas», como el suicidio.

El suicidio es motivo de cuestionamientos, en especial, por sus causas. Las «razones» por las que una persona decide quitarse la vida, son muy variadas: problemas familiares, amorosos, económicos, físicos, etc; todas ellas, factores externos que han producido un estado interno que sobrepasa la capacidad de conciliación en el sujeto. Por lo tanto, las causas aparentes pasan a convertirse, solamente, en los detonadores que disparan los engranajes internos del individuo. Por eso no todos, ante penosas situaciones ocurridas en su mundo externo, optan por esta salida.

Mundo interno y externo

Con lo mencionado previamente, se puede decir que el suicidio es un acto personal, decidido por propia voluntad y por razones netamente subjetivas –conscientes e inconscientes–. Sin embargo, no podemos excluir el grado de responsabilidad que le corresponde al «mundo externo», el cual influye de manera determinante en la formación del «mundo interno» de cada individuo, su subjetividad. Hace un siglo ya, Sigmund Freud mencionaba el deficiente papel de las instituciones educativas hacia los jóvenes: «La escuela media tiene que conseguir algo más que no empujar a sus alumnos al suicidio; debe instilarles el goce de vivir y proporcionarles apoyo, en una edad en que por las condiciones de su desarrollo, se ven precisados a aflojar sus lazos con la casa paterna y la familia. Me parece indiscutible que no lo hace y que en muchos puntos no está a la altura de su misión de brindar un sustituto de la familia y despertar interés por la vida de afuera, del mundo» (Contribuciones para un debate sobre el suicidio).

Efectivamente, es muy importante el papel de ese mundo externo, lleno de adversidades y pobre en recursos para ayudar a un mejor desarrollo personal. Sin embargo, bajo las

mismas condiciones, sólo algunos toman el camino del suicidio. La respuesta debe estar en su mundo interno.

«Víctima»

En la antesala del acto suicida hay una base de crisis, conflictos y ambivalencias, donde las esperanzas se van perdiendo y las ideas suicidas vuelven una y otra vez, construyéndose en el silencio. La persona se encuentra invadida por una sensación de anonadamiento que la lleva a rechazar toda intervención por la vía de la palabra; se niega a hacerse responsable de su decir y se encierra en la certeza del «no hay otra solución». Esta certeza es la «posición de víctima»; víctima de una situación o destino del que no quiere saber que una buena parte le concierne.

En la posición de víctima, el sentido de la vida se ha transformado en un sinsentido; el sujeto se encuentra abrumado por la desesperanza; la desesperación y la desilusión dan paso a un desinterés generalizado que lo va alejando, cada vez más, de una realidad que le pudiera ofrecer otro tipo de soluciones a sus conflictos. Decide quedarse en esta posición de víctima y, la vida, en estado de sinsentido, aspira a la muerte. La muerte «promete» la liberación del conflicto.

Freud se refirió a esta situación como el «principio de nirvana». Nirvana es una palabra sanscrita que se puede traducir como ‘desatar’ (en referencia a los nudos de la mente) o como extinción, calma, quietud, desaparecer, cese, soplo de una vela (soplido que agota). Se refiere a la no existencia, a la nada, al vacío. Este principio está ligado a lo que el autor denominó «pulsión de muerte» (podría entenderse como los impulsos psíquicos agresivos). Tanto la pulsión de vida –eros– como la pulsión de muerte –*tanatos*–, se encuentran presentes en todo ser humano a lo largo de su vida. El eros suele tener una fuerza extraordinaria, manteniéndonos «vivos» por un largo periodo de tiempo (en la gran mayoría de los casos), venciendo constantemente los embates destructivos del *tanatos*. Sin embargo, hay ocasiones en que el *tanatos* se presenta de forma más fuerte y directa, haciendo sucumbir al eros, y el ejemplo más claro de esto lo encontramos en el suicidio.

Victimario

Si seguimos por esta línea, vemos que son los impulsos agresivos (pulsión de muerte) y no la tristeza de los estados depresivos, lo que lleva al intento de suicidio o al suicidio consumado. Esta postura, aceptada por unos y rechazada por otros, ha sido confirmada en la actualidad por diversos estudios llevados a cabo en la Universidad de Harvard, cuyos resultados los sintetiza el Dr. Jorge Ballesteros: «La principal causa de los intentos de suicidio es la agresividad que el paciente siente hacia los otros». Prácticamente, es el mismo enunciado de Freud en 1920: «...No halla quizá la energía psíquica para matarse quien, en primer lugar, no mata a la vez un objeto con el que se ha identificado, ni quien, en segundo lugar, no vuelve hacia sí un deseo de muerte que iba dirigido a otra persona». Esto significa que el acto suicida es un acto de agresión con la finalidad de destrucción.

El suicida quiere vengarse de aquello que ha causado su resolución desesperada. El mundo circundante que lo presiona y martiriza, despierta en el sujeto sentimientos agresivos que no pueden ser satisfechos, y descarga la agresión contra sí mismo. Cabe mencionar que en su mayoría, estos procesos son mecanismos psíquicos inconscientes; lo que la persona sí sabe

es que con su muerte se paraliza la agresión del ambiente hacia ella, y que su muerte es un permanente rechazo al exterior.

Adler considera el deseo de venganza del ambiente como el factor más trascendental en la psicología del suicidio: «De ese modo se origina en el inconsciente una situación en la que se desea la enfermedad y hasta la muerte, en parte para amargar a los familiares y en parte para hacerles comprender el valor de la vida del que habían tratado mal. Según mi experiencia, esta constelación es el fundamento corriente de los casos y tentativas de suicidio».

El suicidio, entonces, es un acto agresivo de venganza y destrucción. En palabras de Miguel Oscar Menassa, «el suicida castiga y mata en él, a la persona que él mismo hace responsable de su situación actual». Aunque se hable de ‘persona’, sabemos que funciona por igual si se trata de personas, cosas o situaciones; el mecanismo opera exactamente de la misma manera.

Podemos ver ahora el otro lado de la moneda, el giro que nos hace pasar de una posición de víctima a una «posición de victimario», más difícil de asimilar tal vez, pero más cercana a la realidad del acto suicida. Esta postura agresiva también se puede observar con el mensaje que siempre se deja en el acto suicida: «Me mato para que sean ustedes los que tengan que sufrir», mensaje que, frecuentemente, es correctamente percibido por sus destinatarios, sufriendo y culpándose por la desgracia.

Malestar

El tema del suicidio, como se menciona al inicio de este escrito, genera situaciones incómodas y sensaciones perturbadoras en la mayoría de las personas; se suele percibir como algo extraño, rodeado de un halo misterioso de tintes siniestros. No es difícil reconocer la causa de dicho malestar, y para su explicación volvemos a citar a Freud cuando dice, respecto de «lo ominoso» (lo siniestro): «Es todo lo que, estando destinado a permanecer oculto, secreto, ha salido a la luz». Podemos decir que nos parece terrorífico que salga a la luz algo tan desagradable con lo que, como seres humanos, existe la posibilidad de identificarnos. Eso que condenamos debe permanecer oculto porque no queremos saber que exista en nuestro interior.

También el mundo externo, la sociedad, contribuye para que el tema sea tratado con ese malestar; de alguna manera se estigmatiza, se prohíbe, se persigue el hecho de la muerte auto infligida. Parece que resulta demasiado desestructurante para la organización social, en todas sus dimensiones, al representar un emergente que habla del fracaso de una sociedad, en la medida que cumple (o no) las funciones para las cuales se organiza y tiene sentido: contener y favorecer los procesos generadores de vida.

Con este breve desarrollo alcanzamos a darnos cuenta no sólo de la fragilidad del ser humano, sino de lo intrincado que resulta, en ocasiones, el funcionamiento de nuestra mente.